

... de pronto me acuerdo de mi madre. Nunca pienso en ella, murió hace mucho. Tanto que ya la supero en años. Quiero decir... ¿Qué quiero decir? Que me he salido del tiempo en el que estábamos mi madre y yo, y que no importa si la he olvidado. No es que la haya olvidado, simplemente no me acuerdo de ella. Entró y salió de mi cabeza en un visto y no visto. Eso es lo que quiero decir, creo. Aún soy capaz, aún soy capaz de querer decir algo. ¿Seguro que la mujer que irrumpió en mi mente como la chispa de un rayo era mi madre y no otra persona? Vestida con un traje de verano, de pie en la playa bajo el sol humeante, conmigo a su lado. Los brazos pegados al cuerpo, concentrando toda la tensión en los dedos. La fuerza fluyendo desde los hombros y los brazos hasta esos dedos estirados que se dirigen a la arena, donde la sombra de ella queda reducida a un diminuto círculo alrededor de sus pies, flaca no, esquelética en aquel vestido de algodón de pequeños cuadros amarillos y verdes deslavazados. Tensa los dedos cuando está furiosa para luego apretar los puños con saña. Más vale largarse, o al menos guardar distancia, porque se avecina una bofetada. Sí, sin duda fue mi madre a quien vi, aunque con la cara, la cabeza y el cuerpo de otra persona, ni tan siquiera sé si de una mujer, y me deshice de ella enseguida, como cuando se tira un desecho cualquiera por el váter. Ya hemos llegado, aquí puede fumarse tranquilamente sus palitos de nicotina, me dice la enfermera Morton a voces. Lo mismo podría haber dicho palitos cancerígenos, pero aquí no se habla de cáncer. Palabra prohibida. Levanta los ojos hacia el cielo, que apenas se adivina por entre los árboles. Las copas de los abetos se mueven en todas direcciones, arrastradas por un viento que lleva días soplando, con tanta violencia y acompañado de una lluvia tan persistente que ayer no nos dejaron salir. Hoy no lloverá, pontifica la enfermera Morton. Han anunciado sol. Y lo bueno es que aquí abajo no corre el aire. ¿Está echado el freno de la silla? Es ella quien se encarga de controlarlo. Ya está —esa voz de armas tomar—, bloqueado. Pues sí. También yo estoy bloqueado. Más incluso que las ruedas de la silla que ella acaba de fijar tocando en algún punto situado a mis espaldas, fuera de mi alcance. Las ruedas vuelven a girar nada más desbloquearlas, pero yo no, yo ya no puedo, qué le vamos a hacer. Únicamente puedo permanecer sentado o tumbado. Y observar. Pensar. Cavilar. Rumiar. Querer decir no se sabe muy bien qué. Ver colores que no hay, o que, según parece, los otros no ven. La enfermera Morton me ha inmovilizado en la silla de ruedas con ayuda de un cinturón cuya hebilla de metal descansa sobre mi ombligo sin que yo pueda abrirla. Mi rabia y mis protestas son aplastadas a base de inyecciones y pastillas. Solo consigo mover las manos y los antebrazos. Como no paraba de dar golpes con los pies y con las piernas, también me los ataron a la silla. ¿Tiene sus pitillos? ¿El encendedor? Señor Busken, ya sabe que el silbato está en el bolsillo izquierdo de su camisa. Si le entran ganas de ir al baño, avise, no vayamos a tenerla otra vez. Me da a mí que no se da cuenta de que habla a gritos. Es bella, me recuerda a alguien, a un personaje de un cuadro, pero no soporto sus decibelios. Me mira. ¿Señor Busken? Me puede oír, ¿verdad? ¿Señor Busken? ¿Por qué no contesta? En ese preciso instante me toca la cabeza, a la altura de la sien, con su blanca mano en un puño, un toquecito junto al oído, suave, aunque lo justo para que yo lo note, un toquecito iluminador. Y así es como de pronto me acuerdo de mi madre. La enfermera Morton regresa al edificio, institución, residencia, guardería de rehenes, Hogar Madeleine para ancianos chiflados que se orinan en el pañal y toda esa parafernalia. Con su tra-sero de plástico dibujándose en el pantalón ceñido, como envasado al vacío. Sobre esos zuecos que hacen que ni a ella ni a sus congéneres se les oiga llegar. Aparecen

inesperadamente como espectros, sin hacer ruido, imperceptibles, para espanto de los demás. Erguida o, mejor dicho, con el torso un tanto combado hacia atrás, mueve los blancos brazos de marfil de arriba abajo, con ímpetu, embutida en el uniforme unisex del personal del asilo. Verla me sacia de belleza, poder contemplarla me consuela, pero no logro comprender cómo de esa boca tan dulce y de ese cuello de cisne tan esbelto puede salir una voz cuya potencia y sonido se asemejan a los de un cuerno de carnero. ¿Qué años tendrá? ¿Veintimuchos? Quizá veintipocos, en todo caso no más de treinta y cinco. ¿Estará saliendo con alguien? Algo se le ha quedado pegado en el pelo, en ese pelo de color rubio oscuro y corte masculino, es algo que sube y baja al ritmo de sus pasos enérgicos, la hoja de un arbusto o de un árbol, o una flor, una triza de papel, algo que revolotea. Lleva muy pocos días aquí. No recuerdo ni cuánto tiempo llevo yo. Me llamo Moniek, bramó el primer día, a las siete de la mañana, sacándome del sueño, de pie junto a mi cama. ¿Y usted? Mientras revolvió unos folios sujetos con una pinza a un tablero que sostenía con el antebrazo me preguntó: Señor Busken, ¿verdad? ¿Es usted el señor Busken? Al principio creí que era un joven apuesto, por la voz y por el pelo tan corto y tan pegado al cráneo. También porque el níveo uniforme de carcelero no desambigua el género: aquí el varón que no se llama Moniek viste igual que la mujer que porta ese nombre. Cuando volví a abrir los ojos y pude verla de verdad, aparté la mirada de inmediato, dirigiéndola a la ventana sellada, sobresaltado, como a veces me sucede con Bach u otra experiencia artística; me resultaba de una belleza tan deslumbrante, conmovedora y sofocante que se me nubló la vista, y sentí que me desvanecía por momentos. Moniek, pues. El personal, dividido en enfermeros y cuidadores, se presenta con su nombre de pila y consiente que se le llame por él. Hoy por hoy, dirigirse a ellos como enfermero o enfermera se considera fuera de lugar. Soy Ellie, se apresuran a sugerir. O: mejor llámeme Suzan. O directamente usan un mote cariñoso. Del mismo modo, a la variante masculina ya no se le llama hermanos como en la Edad Media, al fin y al cabo, el pasado pasado está, así que en confianza se les llama Wim, Karel, Antoon o Sjoerd, todos ellos contratados en calidad de persona-experta-cuidadora-y-supervisora. Persona tal y persona cual, en aras de la neutralidad de género. Ahora bien, el gran jefe de esta empresa liberticida, el Director médico, como se puede leer en la puerta de su despacho, Richard, para los amigos, pronunciado a la francesa con acento en la a, *Rishár*, no viste el uniforme unisex del asilo, sino ropa de calle, como los demás ejecutivos, que ellos sí exhiben su masculinidad. Con el resto de los empleados lo mejor es guiarse por el nombre de pila para saber qué característica sexual se esconde en el pantalón o donde sea. Por ejemplo, la bruja de psiquiatría con aspecto de soldado se llama Carola. Eso dice el cartel de plástico con que recibe a los visitantes en su escritorio con *laptop*. Si bien a juicio de algunas personas expertas en asuntos divinos habría que referirse en términos asexuados a la escisión de Dios conocida como Jesucristo, denominándola persona mesiánica y no Mesías, la identidad de género de la susodicha Carola no deja lugar a dudas, dado que se trata de una persona experta en psiquiatría dotada con un par de pechos voluptuosos y expeditivos como las balas de cañón en la toma de Brielle por los españoles. Moniek, por su lado, luce unas ondulaciones tímidas, apenas perceptibles, como pendientes de floración, fuente de incertidumbre si no fuera porque se llama Moniek. Moniek Morton, así reza la tarjeta identificativa prendida en su atuendo. ¿No contesta, señor Busken? ¿Me ha oído? ¿Señor Busken? ¿No se ha despertado todavía o es que es usted sordomudo?

